

**SUPLEMENTO  
CULTURAL  
DE LA CALLE**



# **EL MAL DEL PUERCO**

**La conmemoración  
de los once**

- Ano Nimo -

**Cámara húngara**

- Chuco Peña -

**Luz de junio**

- Antonella Flores -

**El factor decisivo**

- El Capitán Tocino -



**No.18**

**Revista mensual de letras y otras perversiones Año 2 Número 6 JUNIO de 2014**

# **El Mal del Puerco**

**El suplemento cultural de la calle**



**Revista mensual de letras y otras perversiones. Año 2. / Número 18 /  
junio de 2014**

## **Presenta:**

## **El Número de la Copa del Mundo.**

# Índice

*Editorial.....4*

*Noventa minutos      Cisticerco.....5*

*Cámara húngara      Chuco Peña.....7*

*El factor decisivo      Capitán Tocino.....11*

*La conmemoración de los Once      Ano Nimo.....17*

*El juego del hombre      Kid Suadero.....25*

*Genealogía de una familia pambolera      Chamaca del Demonio.....35*

*Luz de Junio      Cabramutis.....38*

*Solo futbol      Dr. Jeep.....42*

**Síguenos en Twitter: @ElMaldelPuerco**

**Facebook: Facebook/elmaldepuerco**

**En nuestro blog podrás encontrar los números anteriores <http://elmaldepuerco.wordpress.com/>**

**Colaboraciones, dudas, aclaraciones, comentarios, insultos y demás, háznoslas llegar a:**

**[elmaldepuerco@gmail.com](mailto:elmaldepuerco@gmail.com)**

A primera vista somos ladinos con nuestra selección de futbol, exactamente igual que como debieron ser los indígenas de los que descendemos cuando unos hombres barbados les quisieron intercambiar espejos por joyas suntuosas. Y no es solamente en la cancha que andamos *with a chip on the shoulder*, en la vida también somos incrédulos, recelosos de todo lo noble, lo puro, porque nuestra historia ha sido un completo engaño donde cada héroe ha traicionado sus ideales, cada santo su religión, cada líder ha dejado caer a su pueblo y cada profeta ha vendido a sus feligreses.

Nos carcajamos del que pretende hacernos creer que es generoso. Ponemos a prueba la buena voluntad y le buscamos dobleces a los actos desinteresados porque no es posible que alguien con esas cualidades carezca de segundas intenciones. Ah chingá ¿a poco sí?, decimos para nuestros adentros y nos acercamos a oler la mano que se nos extiende con cautela felina. Este cabrón algo quiere, concluimos obstinados desde nuestro sempiterno pesimismo.

Y sin embargo nada de esto es cierto, debemos ser el pueblo con la esperanza más resistente del mundo, ¿de qué otra manera se explica que cada cuatro años lo suspendamos todo para ver a la selección mexicana emprender los partidos del mundial luego de los padecimientos y decepciones que nos han dejado las copas del mundo? Solo así: somos un pueblo profundamente fervoroso. La vela de la ilusión está prendida siempre en un rinconcito, detrás del altar al que pretendemos ya no rezarle, porque nunca vamos a dejar que otros sepan que anhelamos algo, pero sí... lo esperamos.

Por ello, en el Mal del Puerco preferimos la candidez escogida, porque a final de cuentas no se puede vivir desconfiando, y los que viven así siempre terminan depositando su fe en lo más flaco. No somos entusiastas ciegos pero estamos preparados para sintonizar cada partido de México en la Copa del Mundo de Brasil 2014 y pretender que nunca nos decepcionaron y que tal vez esta vez sí, ¿por qué no?, se pueda ganar.

## Noventa minutos

por *Cisticerco*

Siempre soñé aquel día. Estaba ahí, justo en el centro, el estadio coreaba cada que yo aparecía, como olvidarlo, aquel coloso, monumental y majestuoso, a la vez que perverso monstruo de cien mil gargantas. Y yo justo ahí en el centro, todo listo, era mi noche, la que siempre soñé.

Jugada a jugada, palmo a palmo de terreno, corrí como nunca lo había hecho. Al minuto treinta y cinco del primer tiempo llega para mí la primera gran ovación del público, “penalti”, de inmediato tomé el balón y corrí al manchón que indica el cobro de la pena máxima... el primer gol del partido se había consumado. Bastaron diez minutos más para derrochar mi talento en el terreno de juego, pero faltaban otros cuarenta y cinco, nada lo impediría, yo dejaría la vida en los noventa reglamentarios.

Reanudamos, de nueva cuenta y yo ahí en el centro, escuchando aquel estruendo que hacía vibrar cada hilo de tejido nervioso en mi cuerpo, esa noche sude la camiseta como nunca, escuchaba al público que enardecido coreaba mis acciones y era un revulsivo tremendo que me impulsaba a continuar.

Ya podía imaginar las portadas de los diarios a la mañana siguiente; y yo ahí, en el centro, la de ocho era toda mía, nadie opacaría este día... Estaba por finalizar el encuentro con marcador de dos goles a tres, cuatro penaltis, cinco anotaciones, tres expulsados, cinco amonestados y cuatro lesiones graves.

Vaya si fue mi noche, salí en hombros, justo al pitazo final del encuentro, cuando yo levantaba las manos en señal de victoria, tremendo madrazo me sacó del estadio, por inercia caí al suelo, en un acto de supervivencia trate de levantarme, caí de nuevo, babeaba sangre y me arrastraba para llegar a la banda...

Aturdido por los golpes escuchaba la voz de las autoridades del estadio, “*Ya estuvo*”, entre el sudor que se mezclaba con la sangre que brotaba de alguna de mis cejas y el



cabello que había caído sobre mis ojos, miraba limitadamente al público brincar la alambrada que resguarda el perímetro de la cancha, las mentadas de madre tenían un eco tan claro como el pitazo inicial de aquel partido hecho a mi medida, consignas, todas “*arbitro vendido*”, “*pinche ratero*”, era mi noche y yo ahí, en el centro, abatido por haber hecho de aquella final los noventa minutos más grandes de mi vida...



Aunque tenía que levantarse a las ocho se levantó a las seis. El dolor de cabeza, la náusea y el frío no le permitieron seguir desparramado en el sillón donde durmió la borrachera. Habían pasado unas tres horas desde que quedó noqueado, cantando *será porque te amo*. Para Moisés las resacas siempre habían sido algo terrible y hace mucho que había dejado de decir no lo vuelvo a hacer, se habían ido volviendo algo que afrontaba con resignación.

Tratando de no tropezar en la oscuridad pudo distinguir y esquivar la forma de otros tres cuerpos repartidos en el resto de los sillones de la sala, sin alcanzar a adivinar de quién se trataba. Apretando los labios, con los cachetes inflados, corrió los nueve pasos que lo separaban del baño y descargó su pena; estuvo ahí unos quince minutos, siempre había sido de basca escandalosa y prolongada. Luego regresó a la sala e intentó dormir un rato más, pero después de cinco minutos tuvo que salir disparado del sillón de vuelta al baño. Vomitó otras cuatro veces entre la seis y las siete y media. Como ya no logró conciliar el sueño y el olor de los otros borrachos le generaba más náusea decidió irse, el partido era a las diez, así que pensó que antes podría pasar a echarse una birria y una coca y que le daría tiempo de ver otros partidos antes de que empezara el suyo.

Estaba pasando por una etapa en la que la farra no le hacía tanto bien como antes. A veces, cuando se emborrachaba los sábados, tenía que dedicar todo el domingo a curársela y en la noche le daba insomnio y eso le jodía la semana, además de que le dolía el esófago por las vomitadotas que arrojaba cuando la cruda era muy intensa, le dolía hasta para jalar aire. Últimamente le gustaba más dedicar sus domingos a lavar ropa e ir al Wall-mart por la despensa de la semana. Pero como tampoco estaba del todo listo para iniciar una vida de solterón patético y aún conservaba unas migajas de amor propio, se buscó una actividad extracurricular que le ayudara a lidiar con la situación. Así fue como llegó al Jerez club, un equipo de futbol compuesto

principalmente por sus excompañeros de la voca 1. Jugaban los domingos en el deportivo Oceanía, casi siempre a las diez. Este era su cuarto partido y el segundo al que acudía con resaca, le estaba costando un poco de trabajo adaptarse al nuevo club. Todavía no metía gol. Le daban unos quince minutos de juego cada domingo. Él no se quejaba, era un jugador de equipo y no le importaba mucho comer banca con tal que el equipo creciera. A veces hasta le gustaba más ver los partidos que jugarlos, siempre creyó tener cierta sensibilidad especial para apreciar el balompié, podía encontrar belleza casi en cualquier partido rascuache, incluso si era de niños.

Después de la birria y una coca, que lo hicieron sentirse nuevamente como preparatoriano, llegó Moi al deportivo y se puso a ver un partido entre unos de azul y unos de naranja. Le gustaba más ver los partidos de fut siete que los de cancha grande, creía que en un espacio más reducido y con menos jugadores y más cambios, se volvía fácil disimular lo malos que somos en México para el fútbol. Pero ese día no había partidos de fut siete, la cancha se había inundado y se suspendió la liga, se podían ver cachitos del caucho que compone la cancha sintética flotando en todo el terreno, así que el partido que estaba viendo era de cancha grande, llanero.

Una de las peculiaridades de estos partidos es que nunca vas a ver un equipo bien uniformado, entre los de rojo siempre habrá algunos de verde o de blanco o algunos jugando con la playera volteada, recuerdo, quizá de que muchos desertores se han quedado con el equipo que el club les prestó generosamente. También siempre hay un viejillo gritando indicaciones desde lo que debería ser el área técnica. También casi siempre el viejillo lleva bastón, como para hacernos creer que es un exfutbolista plagado de lesiones o a lo mejor sólo para verse elegante. En ese tipo de meditaciones profundas estaba Moi, cuando unos gritos y mucho polvo lo hicieron reconectarse de inmediato con la realidad. En el área grande de los de azul se estaban agarrando a madrazos uno de azul con uno de naranja. El de la naranja mecánica alcanzó a soltarle un derechazo al azurri antes de que logran separarlos. Al parecer la bronca había sido por que el de naranja anotó gol y se burló de los rivales, mala idea en estos ámbitos.



Los equipos seguían discutiendo pero todo parecía listo para reiniciar el partido con el saque desde media cancha por parte del equipo al que acababan de vacunar. Pero el de naranja persistía en sus burlas: Ahí no más mijos, cómo chingados no, dos cero putitos jajaja. Esto a los de azul terminó de hartarlos y un señor gordito y chaparro, con corte fliptap, se encaminó hacia el muchacho burlón y le dijo síguete riendo hijo de tu puta madre, este no se arredró y se encaminó hacia el gordito de azul, bueno qué quiere pinche viejo guango pantunflón, al chile no sabe ni qué transa conmigo, mejor ni le busque, le respondió. El don, que ya estaba muy caliente y muy cerca del enemigo no dudo ni un instante en su objetivo, antes de que lo apañara con la mano izquierda del cabello y lo bajara hasta la altura de la cintura alcanzó a decirle: a mí no me hable como artista culero y le empezó a tirar derechazos a la cara con la mano libre. De inmediato, alrededor de estas dos fuerzas encontradas en la media cancha, se formó un torbellino de tierra, vergazos, gritos y patadas voladoras. Las bancas se vaciaron, hombres, mujeres y niños corrieron cada quien a ocupar sus puestos de batalla. El señor del bastón gritó no saben ni en qué verga se sentaron, pero lo sentaron de inmediato con un patadón en la panza. Una morra de unos quince años y su novio, se acercaron al centro del campo y trataron de cubrir al don gordito que recibía patadas y codazos, pero no soltaba al burlón, que ya ni se alcanzaba a ver debajo de la panza del señor y la nube de polvo. Algunos hombres saltaban como gallos, echando las patas por delante, como si sus tacos de fucho fueran navajas atadas a sus espolones, golpeaban y regresaban, recibían por atrás, se agachaban, medían a un enemigo, volvían a saltar y regresaban a su lugar en la línea legionaria. Era un campo de batalla perfectamente definido, dos bandos de cada lado, con el gordito y el burlón masacrado fungiendo como centro de las acciones. En una de esas en que la continuidad de golpes bajó un poco, el gordito pudo ponerse de pie y sin soltarle la greña al burlón y sin dejarlo levantarse le sorrajó dos patines en la bocota, síguete burlando hijo de tu puta madre, le dijo con cada patada. En eso uno de los de naranja llegó con un cinturón enrollado en la mano y con lo que quedaba volando le lanzó dos hebillazos al gordito que por fin soltó al burlón, a quien otros dos sacaron arrastrando del ojo del huracán. Pero el gordito no se iba a rendir tan fácilmente, con sangre en la boca siguió caminando, ahora contra el de la hebilla. La quinceañera -que al parecer era su hija- y su novio caminaron a su lado gritando groserías en el idioma de los orcos,

en eso una mano anónima, del lado de los naranjas lanzó un ladrillo que fue a parar en la cara del novio de la quinceañera, la imagen fue como la de aquel pitcher que tuvo la mala suerte de destrozar una paloma en el aire cuando lanzó la bola, nada más que en vez de plumas, volaron dientes y tierra y en lugar de paloma, fue el morro el que quedó despanzurrado en la media cancha, cayó como Paquiao, ni las manos metió, de inmediato su novia la gordita quinceañera se tiró sobre él para que no lo patearan.

Ya había sido suficiente, uno de los de azul le gritó a su hermano menor yaaaaa, dame el cueteeee hijooooo y este se echó a correr hacia el carro. Los de naranja al oír esto comenzaron a replegarse. La pelea había terminado. El que había ido al carro volvió y le entregó algo al que pidió el cuete y este se lo puso en la espalda y les dijo ahorita si van a ver hijos de su pinche puta madre. Moi, que estaba del lado de los de azul, alcanzó a ver que lo que ocultaba el fanfarrón era un celular, pero los naranjas cayeron en el garlito y comenzaron a correr. En la media cancha la quinceañera y el gordito intentaban reanimar al herido pero no reaccionaba, entonces entre varios lo cargaron y comenzaron a llevarlo hacia uno de los carros. Hijos de su puta madre decía uno de los que lo llevaban.

Moi estaba tan metido en esa acción que no escuchó cuando otro quinceañero dijo: ese culero viene con ellos, estuvo aquí todo el partido, sobre su pinche madre. Alcanzó a reaccionar lo suficientemente a tiempo para esquivar el zapato que le había lanzado uno de esos locos, que estaban sedientos de venganza. Con trabajos bajó los gigantescos escalones de la grada y empezó a correr sin mirar atrás, tenía la ventaja de que aquellos acababan de jugar y pelear, en cambio él estaba fresco y ligero por todo lo que había vomitado en la mañana. No le costó mucho ganarles por pies, pero en la grada dejó la maleta con sus tacos, sus espinilleras, sus vendas, sus shorts y la playera que le habían dado la semana pasada, ya se había desacompletado el uniforme del equipo, eso lo ponía triste. Odiaba estar crudo en domingo.



## **El factor decisivo.**

por *El Capitán Tocino*

### I

Aún acudía a su mente el recuerdo de la primera vez en que su madre, a manera de presunción, le platicó a una vecina el origen de su ascendencia, el cual situaba en no otro que el héroe patrio Miguel Hidalgo. Él estaba escondido detrás de su madre, a la puerta de la casa donde a menudo ella parloteaba tardes enteras junto con las otras señoras de la colonia, especialmente en épocas de calor.

El más chico de once hermanos, excluido con frecuencia de los juegos por su edad, solía recluirse en la casa o se acercaba a su madre y la escuchaba intercambiar chismes insignificantes dichos en su mayoría con algo de inocente maldad rapaz. Pero aquella vez, al oírla remontar su árbol genealógico hasta llegar a un nombre sin duda destacado por el gesto de encumbramiento con el que su madre lo había mencionado; aquella vez al detectar la incredulidad reflejada en el rostro de doña Rosi, que no daba crédito de estar en presencia de los descendientes de semejante linaje; aquella vez sintió orgullo por primera vez en su vida, porque se vio a sí mismo diferenciado del resto de la humanidad.

Sin saberlo, aquel instante lo perseguiría por siempre.

### II

Jugó de lateral izquierdo en el equipo del pueblo, San Julián del Valle, desde los seis años en la categoría “dientes de leche”. Había una libertad indescriptible en recorrer la banda a toda velocidad sin ser alcanzado por los contrincantes que a veces le hacía olvidar el propósito de sus desbordes: lanzar un centro al área que se encontrara con los delanteros. En lugar de ello, corría hasta ser detenido por un contrario o agotar la

cancha, donde sus veloces carreras se diluían en regates que inútilmente querían librarse de tres o cuatro rivales.

¡Céntrala!, ¡céntrala, chingao!, gritaba el entrenador exasperado, dándose en la frente con la palma de la mano derecha. Pero el entrenador era un profesor de educación cívica en la secundaria local, cuyo mejor talento futbolístico era el entusiasmo. Y si bien dedicaba las tardes de los lunes, miércoles y viernes a entrenar al equipo con obstinación más que con disciplina, no conocía el modo de exprimirle las cualidades a sus pupilos, aunque nunca llegara a reconocerlo.

Los compañeros de equipo a menudo se enojaban con él y le recriminaban que fuese tan “personalista”. Pero se podían deshacer en gritos a mitad del área contraria desierta, plenos frente al marco y Quique no les iba a hacer llegar el balón, porque la libertad de correr hasta el final lo sublimaba hasta el punto en que lo olvidaba todo, excepto que los otros veintiún jugadores del campo y la gente que observaba el partido, lo seguían a él, heredero de un gran patriota, con la mirada a la expectativa de lo que estaba por hacer.

### III

A los trece años ya jugaba en la “juvenil A”. Ese año ocurrió por primera vez que un equipo de San Julián del Valle, disputara la final estatal contra la escuadra Celayense. Quique se sorprendió al ver llegar el camión del rival, nunca en su vida había visto uno tan nuevo. Ni siquiera parecía pertenecer a un lugar como San Julián del Valle que no estaba ni pavimentado. Pero por sorteo les había tocado recibir la final como locales, así que no importaba lo de su camión, ni los uniformes nuevos del rival, ni la nutrida porra que los acompañaba; estaban en su casa y lo iban a hacer valer.

Pasados quince minutos ya llevaban el marcador en contra 2-0 y Quique insistía en arar la banda ida y vuelta sin sacar provecho ni progresar en la tarea de conjuntarse con sus coequiperos. Un rival, cansado de verlo pasar ligero como una gacela lo interceptó con una barrida al tobillo. Si le quería poner un estate quieto, se propasó; si

su intención era lesionarlo, ejecutó su cometido con precisión. Quique Lagunas se quedó tirado a medio campo, sobre la línea de cal, agarrándose el tobillo al mismo tiempo que este colgaba junto con el pie de manera poco ortodoxa, como si se tratara de un pedazo de hule. Comenzó a llorar y el dolor fue tan intenso que se quedó como sordo y ajeno a todo a su alrededor, como si lo único que existiera fuera ese presente agónico.

Mientras era transportado a la clínica rural, pensó en el partido, ya no sería capaz de ayudar a su equipo a revertir el marcador. Tras pasar por las manos del ortopedista y reponerse de la sorpresa de ver su pie derecho enyesado, se quedó acompañado de su madre. Pensó que iba a ser visitado por los compañeros de equipo, pero nadie llegó en todo el día y él no dejaba de preguntar quién había ganado el partido. Deben haber perdido muy feo y estarán tristes, pensó Quique de sus compañeros. A pesar de eso, él no hubiera dejado de ir a ver a un compañero suyo si hubiese pasado por semejante lesión. Para el final del día, se sentía completamente decepcionado de sus compañeros y ya no quiso saber cómo había terminado el partido.

Al día siguiente, ya en su casa, le prohibió a todos que le hablaran del partido y se puso a dormir. Su mamá no hizo caso de lo que Quique había decidido, y pensando que la visita de algunos amigos le alegraría el ánimo huraño con que se encontraba, dejó entrar a la casa a tres compañeros de equipo que habían decidido ir a visitarlo. Cuando fue a despertar a Quique para que recibiera a sus compañeros, este se enojó tanto que por primera vez en su vida le alzó la voz a su mamá y esta, apenada con los amigos de Quique, prefirió no decir nada y hablarlo luego con él. Adrián, el delantero del equipo, lo sintió tanto que le dijo a la mamá a manera de consuelo: Aunque sea dígame que ganamos el partido. Y sacó de su bolsillo la medalla de campeón hecha de hierro pintado con oropel y se la entregó a la señora en la mano como un obsequio.

Dejó el fútbol.

Lo que de verdad nunca pudo perdonarles fue la victoria.



#### IV

Consciente de los horizontes ilimitados de un vástago de Don Miguel Hidalgo, y conociendo de memoria los detalles de la vida del héroe patrio por una investigación detallada pero limitada que llevaba años realizando por iniciativa propia, intentó ser el primero en su familia, desde la generación de sus bisabuelos, en avanzar los estudios más allá de la secundaria. Lo intentó en el sacerdocio, que encontró primero: demasiado meditativo y alejado de la acción que el imaginaba para su vida; segundo: restrictivo en alto grado, especialmente en lo tocante a las mujeres, gusto ya demasiado acendrado en su piel por las visitas regulares que hacía a las cantinas de ficheras. Luego se trasladó a la capital del estado a estudiar medicina, pero descubrió que tenía un asco invencible al olor putrefacto de los cuerpos enfermos. Y finalmente, optó por algo práctico: la licenciatura en administración de empresas turísticas y hoteleras. Tampoco la terminó y de la vergüenza de tanto fracaso se mudó lejos de su pueblo y de su estado a la ciudad de Veracruz.

Ahí, después de una serie de trabajos insignificantes, descubrió su verdadera vocación. Una noche de 15 de septiembre, mientras veía en la televisión al presidente de la república gritar desde el balcón de palacio nacional las celebraciones de la independencia mexicana, y exaltar a los héroes patrios uno por uno, hasta llegar a Miguel Hidalgo, él comprendió su tarea, aquello que el destino le tenía encargado. Trabajó febrilmente toda la noche hasta conseguir confeccionar algo parecido a una sotana. Se la probó frente al espejo y alzó el rostro con orgullo. Bajo esa sotana ahora podía ver el parecido con su ancestro histórico. Se propuso interpretarlo a conciencia en las calles y dar a conocer el mensaje olvidado de Miguel Hidalgo. Fue por una navaja y crema y se afeitó la parte superior del cabello para imitar la calvicie del personaje. Y es que la vida no se equivoca, él estaba destinado a vestir sotana, solo que no a ser cura como lo había pensado al inicio de su juventud.

Al día siguiente salió a las calles vestido de Miguel Hidalgo y recitó algunas de sus más famosas consignas a quien lo escuchara. A la gente le causó gracia y hasta recogió algunas monedas. Para el fin de semana su atuendo ya estaba mucho mejor detallado y había pintado un estandarte como el que carga Hidalgo en las estampillas biográficas

que te hacen comprar en la primaria. También aclaró su cabello lateral y de la nuca con peróxido en crema.

Cada vez que salía a la calle y la gente se le acercaba para pedir una foto con el imitador o sacarse la curiosidad de qué hacía aquel tipo en la calle gritando incitaciones a la libertad y al patriotismo, el instruía a la gente con pequeños episodios de la vida de Hidalgo y resumía con amargura sus pláticas en una ideología nada original: A la gente no le interesa la historia, por eso estamos como estamos, las señoras ven puras telenovelas y los weyes no hacen otra cosa que ver el pinche futbol. Y ese era según su concepción el origen de todos los males nacionales.

## V

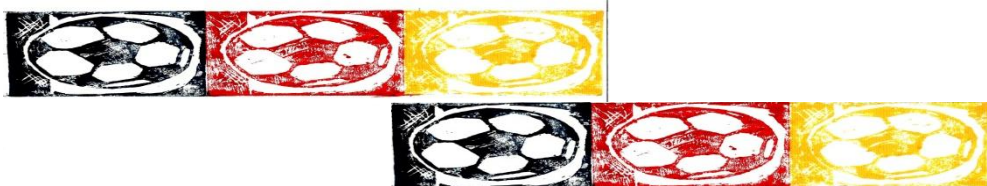
El calor era insoportable para seguir en la calle con la sotana puesta. Por otra parte no podía dejar de aparecerse, necesitaba el dinero. Así que hizo un trato consigo mismo: dejar que el sol baje un poco, tomar una cerveza mientras y luego volver a la calle a realizar su acto representativo.

Entró al Cotorro's Bar y de inmediato sintió un rechazo hacia el lugar. Varios de los concurrentes llevaban camisas de la selección mexicana de futbol. Fue a sentarse a un rincón y pidió un tarro de oscura. Al levantar la vista hacia la pantalla se percató de que se trataba del partido de cuartos de final de la Copa mundial contra Alemania. México nunca había avanzado a semifinales y eso hasta él lo sabía. Desde su lesión jamás había sintonizado un partido de futbol. Y aunque se resistió por momentos levantaba la cabeza de su tarro hacia la pantalla de televisión.

El partido estaba cerrado y en el contragolpe la selección alemana parecía más peligrosa. Hace falta un carrilero en México, alguien que desborde las bandas, alguien como... yo, se sorprendió pensando Quique Lagunas. Y mientras más tiempo pasaba, más frustrado se sentía con no ver ninguna corrida de los laterales. Al minuto setenta y seis, con el marcador en ceros todavía, el técnico mexicano decidió hacer una movida

arriesgada e ir por el triunfo: sacar a Terreros por un lateral, el Ronchas Arenas, jugador talentoso pero indisciplinado que podía traer algo de magia a la cancha.

Quique intentó reconvenirse y guardar la compostura que pertenecía a quien aborrece el futbol y ha despotricado tanto en contra de él, pero de repente escuchó a todos gritar emocionados y levantó la cabeza sin querer para ver como el Ronchas se barría limpiamente y se levantaba inmediatamente para correr hacia el arco rival tomando a la defensa alemana en contragolpe. El Ronchas cruzó la media cancha y le hizo un túnel a Trüiffen, un bávaro de casi dos metros que se quedó clavado en la cancha sin poder reaccionar a la habilidad del mexicano. Entonces Quique lo presintió, una de esas jugadas que desde que las ves nacer sabes hacia dónde van. Y ya no pudo seguir indiferente. En un instante vertiginoso recordó la victoria negada en su juventud, la amargura de que no estando él sus compañeros hubiesen triunfado como si fuese el factor decisivo que los contenía y cómo aquel episodio lo había hecho renunciar al futbol. Se dijo, en un intento de reconciliación con el pasado ¿No acaso Hidalgo era un patriota y la selección mexicana, por más ramplona que sea es una imagen representativa de la nación? Corrió por sus piernas un vértigo de lejanos días. En sus cabellos imaginó las ondulaciones del viento y recordó la libertad absoluta que el Ronchas debía estar experimentando mientras avanzaba a toda velocidad por la banda y levantaba la mano derecha señalando un tres al delantero mexicano Jaime Zamora, que de inmediato le agarró la onda y se cruzó en diagonal hacia el área mientras el Ronchas se acercaba a toda velocidad detectando el momento exacto en el que Zamora quedaba libre y entonces filtrarle un pase bombeado. Quique apretó las manos sobre la mesa y se levantó de la mesa gritando ¡Gooooooooo!, al mismo tiempo que Zamora se tiraba una chilena, solo para ver que el portero alemán atajaba el balón con la punta del dedo meñique. Del enojo, dejó la mesa de inmediato ante las miradas de los demás y salió sin pagar la cuenta a la luz del día que lo cegó. Detrás de él un grito atronador, esta vez sí, de ¡Gol!



## La conmemoración de los once

por *Ano Nimo*

Se presentaba una oportunidad única, ver un partido cómo se debe: once contra once. Era anunciado en la televisión cómo: “La conmemoración de los once”, a beneficio de una asociación sin fines de lucro.

Su resistencia había sido callada, no asistir, no apoyar, no sumar; esa era su resistencia y estaba seguro de que en los tiempos que corrían no podía ser de otra forma, intentar organizarse era improductivo y propicio a caer en deslealtades; salir o quedarse en su casa tenía el mismo efecto, la diferencia radicaba en la protesta, esa que si cada quién realizará de igual forma, haría sucumbir a quienes se pasaban por alto a los que no tenían los medios para influir con su opinión. Una protesta a la Rosa Parks, negarse y aguantar lo que venga con tal de guardar un poco de dignidad.

“La conmemoración de los once” era algo único, quién sabe si le alcanzaría la vida para que la ocasión se repitiera ó llegara el anhelado arrepentimiento.

Sin perder tiempo cogió el teléfono y marco, después de que una contestadota automática le ofreciera incontables eventos y menús, una voz que apenas parecía humana, servicial y tajante, le contestó: Ticket service, buenas noches, ¿en qué le puedo ayudar? ¿Tendrá boletos para la conmemoración de los once? Sí señor, ¿qué clase de boleto desea? Uno barato, a mitad de cancha si se puede. En gradas le costaría trescientos pesos. Sí, está bien. ¿Me permite el número de su tarjeta y una dirección para enviarle su boleto? Trestrescuatrocercincosiesdoblecercuatrodosochosieteochonueve, a Flores Magón treinta y cuatro. Fue un gusto atenderle, sus boletos llegarán en las próximas veinticuatro horas, hasta luego. Gracias.

A pesar de que sus ideas estaban siendo contrariadas, no podía reprimir dentro de sí una intensa emoción producto de la nostalgia y el anhelo que tanto había padecido en los últimos veinte años. Se sentía como la primera vez que había besado: con ganas de

gritar, correr, brincar, de tomar la excepción para ser ridículo, pero esta vez como aquella otra, tan lejana, se reprimía, por no parecer lo que se es cuando uno está eufórico, un completo estúpido. Pensó que estaba haciéndose viejo, sólo así se explicaba su conducta, su falta de entereza, la concesión que acababa de hacer para su complacencia, darse gustos como un viejo pensando que la vida es al final, para vivirse y que si podía darse un gusto se lo daría, que si quería comprarse un saco de cuatro mil pesos para adornar sus carnes lo haría, sin importar lo ridículo de la vanidad senil. Era difícil no traicionarse y concursar de la vida. Apagó la televisión y se fue a la recámara. En ésta se quitó el pantalón y la camisa, quedando en ropa interior; nunca le habían gustado las pijamas, ningún artículo le parecía tan ridículamente burgués y absurdo como éste.

Fue descubierto una tarde que guardó en el recuerdo como gloriosa, su padre, maestro de bachillerato adepto a las apuestas imposibles, retó a sus alumnos del sexto vespertino a un partido ellos contra un compuesto de sus hijos y amigos profesores, si perdía todos tendrían el punto extra sobre la calificación final del semestre que solicitaban por un trabajo en equipo que habían hecho, si ganaba les quitaría un punto. Los alumnos aceptaron de inmediato, no había posibilidad alguna de que les ganara el profe, sus hijos tenían catorce y doce años, sus amigos profesores eran una bola de viejos panzones, en cambio ellos tenían al *negro* y al *pirata*, jugadores de reserva de los delfines, equipo local de tercera división, el resto era casi tan bueno como ellos.

El domingo por la mañana se vieron en la cancha de la avenida Universidad y en grupos de cuatro o cinco fueron llegando los jugadores de ambos equipos. Julián estaba viendo a los alumnos de su padre con cierta preocupación cuando este llegó a sus espaldas y le dijo, quiero que te los chingues, hazlos correr. El *negro* llegó a saludarlos, ¿Qué pasó profe, ya está listo para perder? No ni madres, les vamos a poner una chinga. El negro y su padre rieron como buenos amigos. ¿Cómo ves a tu papá?, preguntó el *negro* a Julián, hubieras jugado con nosotros para ganar. Pues ya ni modo, dijo. Su padre encargó la defensa a su hermano menor y acomodó como mejor pudo a sus compañeros profesores: Jair, el *Chancro*, Manuel, Octavio, el *panda* y otros tantos. Sus alumnos estaban listos y el partido arrancó. En el primer tiempo, el equipo del *negro*, defensa central de uno noventa y cien kilos de puro músculo recorrió toda la



cancha haciendo alarde de su velocidad frente a los entumecidos profesores. Poco a poco se fueron imponiendo hasta que Darinel tiró un centro al área que el *pirata* remató de una chilena fenomenal. Julián corría por toda la cancha sin encontrar apoyo en el último cuarto de la cancha. Al finalizar el primer tiempo el marcador era ya de dos a cero. Su padre dio unas cuantas instrucciones sobre el acomodado del equipo, tomaron agua y regresaron al campo para el segundo tiempo.

En el centro de la cancha el *negro* gritó: ¿Qué pasó profe ya se dan? No pues si apenas va el primer tiempo, respondió su padre. Julián estaba molesto, si algo le encabronaba eran los fanfarrones y si algo le gustaba era venir desde abajo. El segundo tiempo comenzó y Julián interceptó una pelota a media cancha cuando todo el equipo se había ido a la delantera, los agarró en contragolpe y se subió a la moto, recortó al defensa que se le barrió y dejó atrás al resto, el portero salió de último momento, Julián lo techó de manera soberbia y anotó el dos a uno. El equipo lo aplaudió y celebró con ánimo triunfal, su padre lo miró, Concéntrate, le dijo, vamos a seguir. A falta de velocidad los profes comenzaron a hacer uso de la colocación y la leña para frenar al equipo contrario. Poco a poco el partido se fue ensuciando y el equipo de Julián comenzó a tocar la pelota y a hacer su partido. Julián descolgó por la banda, burlando al *pirata*, tipo imponente con aspecto de recluso, el *negro* lo alcanzó unos metros adelante y pelearon hombro a hombro hasta que Julián, veinte centímetros más bajo logró desequilibrarlo y fugarse hacia el área en una diagonal vertiginosa, el *Chancro*, profesor de artes plásticas conocido por sus interminables excursiones nocturnas a la zona roja de la ciudad, le pidió el balón en el centro del área, Julián le puso un centro al pie que remató sin piedad sólo frente al portero anotando el empate.

Celebraron llenos de ánimo mientras el equipo contrario se debatía internamente entre recriminaciones y regaños. Al reanudarse el juego, el equipo contrario se vino encima, no se podían permitir perder contra un equipo tan menor, sería una burla. Corrían por toda la cancha como desesperados y las patadas a los tobillos volaban por todas partes. Su hermano menor barrió al *pirata* cuando estaba por rematar un potente tiro de media distancia, la pelota cayó a los pies del profesor Manuel, chaparrito y algo panzón, cinco años de vida marital se le habían ido acumulando, pero

habilidoso y con buen toque, alcanzó a librar a uno de sus alumnos y centrar una pase filtrado a Julián que se descolgó con habilidad hasta el borde del área rival, hizo un recorte preparó un tiro esquinado sabiendo que era el gol de la victoria, que no se podía permitir fallar esta vez, supo en ese momento que era el partido de su vida y lo definió con un remate potente a contrapié del portero. El partido terminó pocos minutos después, los alumnos de su padre no lo podían creer, algunos cayeron al suelo derrotados al escuchar el silbatazo final. El *negro* lo felicitó y lo invitó a tomar unas chelas para reponer energías.

Un visor de los delfines, le pidió que se fuera a probar con los delfines el próximo sábado a las diez de la mañana en el estadio, sólo tenía que preguntar por él. El *negro* y el *pirata* le habían pedido que fuera para ver si uno de sus amigos pudiera interesarle al equipo, pero en lugar de eso terminó sorprendido con ese muchacho habilidoso y aguerrido que se echó el equipo al hombro.

Al día siguiente, cuando el *negro* y sus compañeros entraron a clase el profesor, padre de Julián, había anotado en el pizarrón 3-2 y se había encargado de que toda la escuela supiera que las estrellas de la preparatoria no habían podido contra su combinado de profesores.

Julián realizó las pruebas en el estadio de los delfines y los técnicos no tuvieron dudas en ingresarlo a la reserva. Un año después debutó en la tercera división, el *negro* y el *pirata* también fueron ascendidos y debutados. Un año más tarde el visor de los tiburones, filial de primera división de los delfines pidió a los tres jugadores que fueran a hacer las pruebas para ingresar a la reserva del equipo. Julián se llevó la primera decepción del mundo del fútbol cuando el reclutador le pidió al *negro* y al *pirata* que aflojaran veinte mil pesos para ingresar a la reserva. Ninguno de ellos pudo juntar tal cantidad de dinero y Julián ingresó a la reserva de los tiburones con la amargura de saberse traidor de sus amigos y corrompido por la esperanza del triunfo individual.

Ese mismo año Julián debutó en primera división con un éxito regular, el entrenador le tenía confianza y le daba entre veinte y treinta minutos cada partido. Cada dos o tres partidos Julián lograba anotar y poco a poco se fue haciendo del gusto de la afición. Al término de la temporada ante el interés de algunos equipos, el club le ofreció un mejor

contrato y cambió su pequeño departamento en una colonia popular por una casa en zona residencial.

Julián se mantuvo disciplinado y dos años después en la temporada 2020-2021 logró la titularidad con el club y el reconocimiento del técnico, los medios y la afición. Siguiendo el ejemplo de las mejores ligas del mundo, la liga mexicana había crecido en exigencia física y los jugadores eran cada vez más rápidos y efectivos en toda la cancha.

Los aficionados se habían acostumbrado a la velocidad y la vertiginosidad del deporte, aplaudían los intentos que hacían los delanteros, pero sobre todo aplaudían la eficacia de las defensas. Al principio el cambio fue bien recibido pero pronto el fútbol se convirtió en algo tan monótono como nunca antes lo había sido en la historia. Julián, líder de goleo en la temporada 2024-2025, había conseguido tan sólo cinco goles. Como era de esperar en las ligas europeas esta situación estaba ya en un punto insostenible, Kizinho, figura brasileña del Barcelona había logrado el pichichi con apenas dos tantos y el botín de oro tenía diez años que no lo ganaba un jugador de media cancha hacia adelante. La afición comenzó a abandonar los estadios y dejó de sintonizar los partidos, estaban aburridos de ver partidos de ida y vuelta entre equipos tan parejos que casi nunca podían romper el empate.

Los dueños de los equipos más importantes estaban preocupados, estaban perdiendo afición, pero sobretodo estaban perdiendo dinero y convocaron una reunión con la dirigencia de la FIFA. O se hacía un cambio radical o se cerraba el changarro y (.), fue la sentencia de los magnates. Las discusiones a puerta cerrada duraron una semana y en la prensa circulaban toda clase de rumores, prótesis mecánicas para los delanteros, doblar el tamaño de las canchas, permitir a los delanteros patear defensas cuando estaban dentro del área contraria y otros. Al final, la FIFA decidió que en adelante los equipos serían de nueve jugadores para aumentar los espacios en la cancha y permitir que hubiera goles y mayor espectacularidad. El deporte había sido hasta entonces un juego de veintidós jugadores en la cancha pero los veintidós de ahora corrían el doble que los veintidós de los años cuarenta y defendían mil veces mejor, había que adecuar el deporte a las exigencias actuales, fue la explicación de la FIFA.

Bueno muchachos, comenzó su discurso el presidente deportivo del equipo, pues me imagino que ya saben la noticia, la FIFA quiere que juguemos a partir de la próxima temporada con nueve jugadores. Penosamente eso nos pone en el predicamento de prescindir de algunos de ustedes, no tiene caso tener un plantel tan amplio ante las nuevas disposiciones. Esta es la lista de los jugadores que seguirán con el club. Julián se estremeció al escuchar su nombre y una vez más sintió que traicionaba a sus compañeros que quedaban fuera.

Junto con los jugadores despedidos firmó una petición a la FIFA que se nutrió de miles de jugadores alrededor del mundo, para revocar la decisión abogando a la historia del fútbol y el bienestar del gremio, amenazando con una huelga general en caso contrario.

Desde las oficinas de la FIFA no se recibió ninguna respuesta, ni siquiera un No estén chingando y el Comité por la defensa del fútbol profesional puso fecha para iniciar la huelga con la intención de ser tomado en serio.

Movido por la culpa que cargaba desde su ascenso a la reserva de los tiburones, cuando el *negro* y el *pirata* habían perdido la oportunidad de ser profesionales, Julián organizó a escondidas de los directivos y técnicos del club, el apoyo al comité por la defensa del fútbol profesional.

El veterano capitán del equipo, un Venezolano de apellido Quintero que estaba en sus últimas temporadas habló con el resto de los jugadores cuando Julián se había marchado, Seamos realistas, ninguno de nosotros sabe hacer otra cosa y yo no me veo a los treinta y cinco años poniendo una tienda de abarrotes, yo estimo a Julián como todos aquí, pero sabemos que el fútbol no es una democracia, somos los obreros mejor pagados del mundo pero nada más. El domingo arranca la temporada y está anunciada para ese día la huelga a nivel mundial, salgamos a jugar fútbol que es lo único que sabemos hacer.

La directiva del club amenazó a quienes quisieran hacer una huelga con el despido inmediato si esta se llevaba a cabo. El día de la primera fecha de la temporada Julián saltó al campo de juego como titular, bajo el short llevaba escondida una bandera

rojinegra, la tribuna lo aclamaba pero él sabría pronto de la veleidad de las aficiones, atraídas de nueva cuenta a los estadios por la curiosidad. Estaba decidido a hacer una declaración ese día, todo el equipo había prometido que haría la huelga, pero al sonar el pitazo de inició sólo Julián salió caminando de la cancha. Al ver que ninguno de sus compañeros le seguía sintió que la vida le daba la espalda, buscó la mirada de sus compañeros pero todos miraban al piso o buscaban al árbitro para saber cómo proceder. Ondeando la bandera rojinegra dio la vuelta al estadio hasta que los agentes de seguridad lo obligaron a salir, no opuso resistencia y caminó hacia el túnel de salida

Fue abucheado en su camino a los vestidores, el técnico lo miró con admiración y tristeza, era un acto valiente de un jugador joven, que había llegado a ser uno de los mejores, pero también era el fin de su carrera. El despido no se hizo esperar y tanto en los medios como entre sus conocidos de pendejo no lo bajaron. Unos cuantos al igual que él sufrieron la misma suerte en el resto del mundo, los demás simplemente no se podían permitir el lujo de regresar a la vida de los barrios.

Su novia lo dejó, su familia le pidió rectificar y pedir de rodillas a la directiva del club que lo aceptaran de vuelta, sus amigos dejaron de invitarlo a fiestas, el club le quitó la casa y lo demandó.

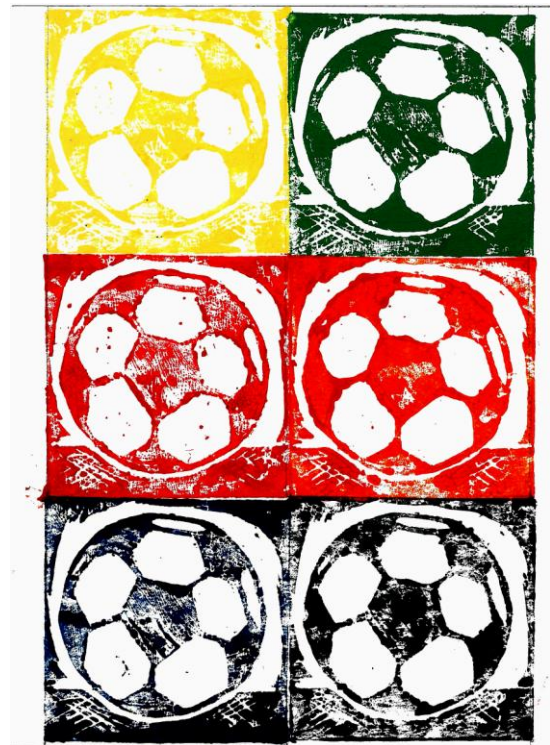
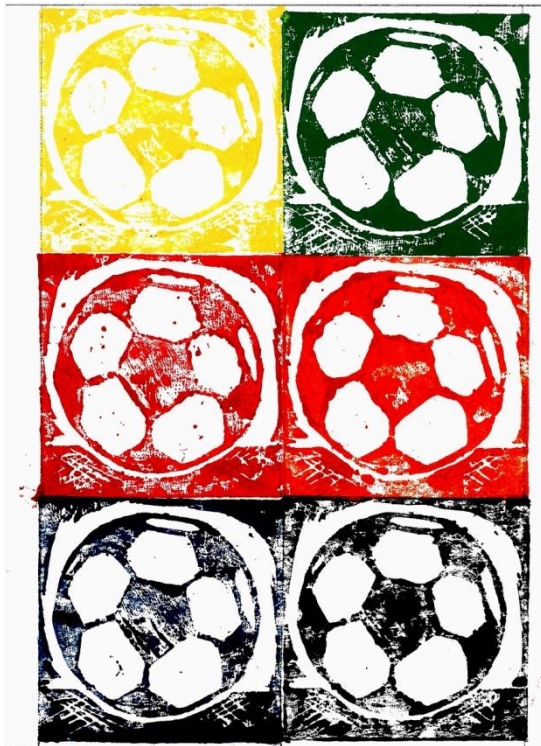
Vendió su auto de lujo para montar una tienda de artículos deportivos que ni dio grandes dividendos ni dejó de dar lo necesario para una vida digna. Durante los primeros años la gente lo seguía reconociendo en su tienda y en las calles, casi siempre sentía que se burlaban de él. Julián se recluyó en su negocio hasta que un anuncio muchos años después le llenó el rostro de nostálgica felicidad. La conmemoración de los once.

Compró su boleto y asistió al estadio llevando una camisa con el número once impreso en la espalda. Tomó asiento en las gradas y vio el partido con la alegría de los agravios restituidos. Cuando el partido terminaba, Julián se sintió eufórico, sesenta mil personas que habían llenado el estadio junto con él estaban a favor del buen fútbol, del fútbol como era debido, de once contra once, de tres árbitros, de la negativa a usar dispositivos tecnológicos para evitar las fallas en las decisiones arbitrales y de todo eso que había hecho al fútbol un mal chiste. El fútbol tenía que ser como la vida.



Sintió entonces venir desde sus entrañas el grito que redimiría su lucha: Once, once, once, once. Imaginó entonces que su voz se esparciría por todas las tribunas del mundo. Once, once, once, once, once, gritó solo durante un par de minutos, sus fuerzas languidecían frente a las miradas extrañadas de quienes lo rodeaban hasta que un niño, sentado a su lado, hizo eco de su grito.

Unos minutos después ante la mirada atónita de los jugadores el estadio entero gritaba a coro, pidiendo que el fútbol fuera siempre eso y nada más.



## El juego del hombre

por Kid Suadero

*"No puedo decir que ya no bebo, pero sí que hoy no he bebido"*

*Paul Gascoigne, ex seleccionado inglés*

### *Calentamiento*

Juan tomó la bolsa de mandado que guardaba detrás del refrigerador, le sacudió el polvo y caminó a la azotehuela, debajo del lavadero guardaba los envases de caguama, metió dos a la bolsa, dudó unos segundos, luego tomó dos más. Su boca dibujó una leve sonrisa. Escuchó el sonido del televisor, la transmisión del previo del partido ya comenzaba.

Salió a la pequeña sala, donde como una partida de tetris, estaba acomodado el televisor, el sofá, el comedor, el estéreo, libros, películas, un afiche de Eric Cantoná y una maceta en apenas 5 metros cuadrados.

Puso la bolsa con los cuatro frascos de caguama en la puerta y fue a su cuarto. Abrió el closet y buscó la playera verde. Se sacó la de los *Clash* y se puso la camiseta. Se miró al espejo, sintió que los músculos le crecían. Hizo la mímica como si festejara un gol. Se puso en guardia e hizo un poco de boxeo de sombra.

Buscó las llaves y la cartera. Tomó la bolsa, abrió la puerta y bajó las escaleras a toda velocidad. Caminando por la banqueta saludó a la vecina, pateó una lata de coca e imaginó que metía un gol. Llegó a la tienda y puso la bolsa en la tabla que hacía las veces de mostrador. Julia, la hija de don Pedro, lo saludó alegremente y le preguntó con coquetería qué iba a llevar. Cerveza, respondió Juan. Tengo Corona, Indio, Victoria y León, te puedo dar la que quieras, dijo Julia. "No podrías darme lo que yo quiero", pensó Juan, "no sin que tu papá me corte los huevos". Corona, respondió. La chica tomó la bolsa y fue al refrigerador que estaba en la parte de atrás del negocio. Juan la miró cuando dio la vuelta, notó los pantalones ajustados de ella y no pudo evitar esa sensación que recorre desde el hipotálamo hasta en medio de las piernas que viene

acompañada con la tensión de los músculos y la aceleración del ritmo cardíaco. Sólo apretó la mandíbula y respiró hondo.

Julia regresó cargando trabajosamente la bolsa y a mitad del camino tomó un descanso, lo que le hizo inclinarse de frente a Juan, este no perdió la oportunidad de mirar su escote. Del hipotálamo a la entrepierna una vez más. Julia se incorporó y puso la bolsa sobre el mostrador. Cuánto te debo, preguntó Juan. 132, respondió ella. Juan sacó la cartera y comenzó a contar el dinero. ¿Vas a ver el partido?, preguntó Julia. Sí, respondió él estirando la mano para poner sobre la de ella un billete de 100, uno de 20 y dos monedas de 10. Ella cerró la palma de la mano y fue a donde el dinero para buscar el vuelto. Yo también lo quiero ver pero la tele no sirve. Le puso los 8 pesos en la mano. Él los tomó sin contarlos y se los echó a la bolsa del pantalón. Pues ven a mi casa, dijo Juan sin pensarlo, se sorprendió a sí mismo de su atrevimiento con una chica de 19 años. No puedo dijo Julia con una mueca, mi hermano todavía no llega. Ya había dado el primer paso, así que se tiró a matar. Pues si llega y lo quieres ver, ve a mi casa, ya sabes donde vivo. Ella no pudo evitar sonreír de esa manera que hizo a Juan rogar al cielo que pasara.

### *El tiki taka*

¿Nadie trajo cerveza?, preguntó el Piolo. Nel, respondió Caro. Pinches mariguanos, nomás trajeron mota y drogas, estamos viendo el futbol, no vamos a resucitar a María Sabina, culeros. ¿La mota no es una droga?, se preguntó Caro un poco confundida.

*“El equipo mexicano está más cerca del gol, pero no se debe descuidar, sabemos de la peligrosidad del rival, de los jugadores desequilibrantes que tiene, que en cualquier momento hacen la diferencia”*

Randy sacó su pipa y comenzó a rellenarla con tanta paciencia y ternura que parecía que le daba de comer a un polluelo que se había caído de su nido. Andrea y el Chais, que estaban tirados en el sofá besándose, habían prendido su primer toque, este humeaba eróticamente sobre ellos dibujando figuras extrañas. El Nariz, Carlos y La

Rasta espulgaban unos 250 gramos de mariguana que habían ido a comprar a Tepito. Te dio puro pinche guarumo, dijo la Rasta, una chica morena con unos pechos enormes, mira pura rama y coco, volvió a decir. Espúlgale bien, dijo el Nariz con sus ojos rojos mientras le aleteaban sus grandes fosas nasales.

*“Lo habíamos dicho, un titubeo y los alemanes te matan, ahora lo importante es que el equipo mexicano se levante lo más rápido posible de este golpazo, me parece que el mensaje debe darse desde la banca”*

Fernanda, que nadie sabía cómo se había hecho amigo de ellos y en medio de su viaje de ácido, sacó su máquina ponchadora (semejante a una máquina de tortillas donde se pone el papel para forjar y encima la mariguana, se gira la perilla y el cigarro sale ya enrollado). El Mora, que estaba obsesionado con ella, no dejaba de mirarla, no se decidía a acercársele. Por fin se armó de valor y se acercó, le preguntó si necesitaba ayuda. Fernanda asintió y le hizo un lugarcito en el sofá para que el Mora se sentara.

*“Me parece que los nuestros han soportado bien el vendaval, no se han achicado se han ante un grande como lo es Italia”*

El Uñas se levantó del piso donde estaba sentado y le preguntó al Piolo se podía usar su baño, tenía los ojos rojos como jitomates. Simón, carnal, ya sabes, respondió el Piolo que buscaba un lugar donde sentarse, comenzaba a ponerse paranoico, se había cruzado con mariguana, pastillas y un poco de jarabe para la tos.

*“Viene para la izquierda, da la vuelta, se quita a uno, se quita a otro, se sube a la motocicleta, saca el centro... remateeeeeeee... el arquero. Pero así es, México ya toca y toca la portería, en cualquier momento el gol va a caer”*

Anita y Clau escuchaban al Trini hablar de la vez que había anotado un gol de chilena en las canchas de la deportiva. Las dos estaban muy drogadas para entender lo que escuchaban y el otro muy puesto como para no perderse en su relato. Es como si has de cuenta, cuando Hugo le metió el gol al Logroñes, así volé bien chingón, como cuando en la mañana te levantas y no sabes si estás pedo, crudo, pacheco o muerto, como estar y no estar.

*“Claro que se puede, hay que creer, venga, no hay que aflojar”*

Coni y Elías estaban sentados en el comedor, habían sacado un paquete nuevo de papel para forjar, comenzaron a pegarlos entre sí, querían hacer una sábana lo bastante grande para poder forjar un toque de unos 30 centímetros de largo por unos 3 de ancho. Va a ser como el pastel, dijo Coni, lo prendemos y se lo acercamos al Piolo, como es el de la casa va a ser el cumpleaños, y en vez de decirle “que le muerda, que le muerda” le decimos “que le fume, que le fume”. Agüevo, dijo Elías.

*“Bla, bla, bla, bla, bla, bla, México, bla, bla, bla, bla vamos”*

Coni y Elías lograron armar su toque jumbo y se acercaron a los demás. Como insectos hipnotizados por luz, todos se reunieron alrededor del porro primigenio, con sus ojos rojos miraban maravillados la excitante creación que sólo la paciencia de un adicto puede realizar. Coni comenzó a cantar “Que los cumplas feliz, que los cumplas feliz”. La Rasta, inmaculadamente puesta, dijo: pensé que habíamos venido a ver el fut, ¿qué no el cumple del Piolo lo festejamos hace ocho días? Es que ese güey nació el 29 de febrero, dijo Carlos. Estamos en junio, pendejo, comentó el Nariz. “Que le fume, que le fume” siguió Coni. El Piolo tomó el cigarro y dio una gran bocanada. Lo que nadie sabía es que Elías había aderezado el cigarro con unas gotas de bencedrina. Una maldita bomba. Todos comenzaron a fumar de ese gran toque, pasaba de izquierda a derecha, de arriba abajo, de atrás para adelante, alguien fingía que lo iba a rolar a la derecha y giraba de último momento a la izquierda. Parecemos el Barcelona, banda, dijo Randy con voz cavernosa, pinche toque de aquí para allá, el tiki taka, carnales. “Tuya, mía, tenla, te la presto, acaríciala, bésala, ponle tantita saliva, jálale, que no se apague” dijo el Nariz con voz del Perro Bermúdez.

*“GOOOOOOOOL, GOLAZO DE MÉXICO”*

Gooooool, gritaron todos. El Uñas salió corriendo del baño subiéndose los pantalones. Todos los miraron. No mamen, pensé que habían gritado que estaba temblando, dijo él completamente drogado. El Piolo se quedó mirando la lámpara para comprobar si era cierto.



### *Contragolpe*

Yulie y Sal están desnudos tirados en la cama. Ella, con las nalgas al cielo y balanceando los pies, ojea aburridamente una revista. Él, nervioso, fuma un cigarro y bebe de un vaso de cristal un ron con coca que se ha preparado. ¿Cuánto falta para que termine esa cosa?, pregunta ella. Van 20 minutos, responde él. ¿Cuánto van?, vuelve a preguntar. 0 a 0, responde Sal. ¿Quién va ganando?, él la mira y ya no responde.

Acuérdate que en ocho días es la cena con mis papás en casa de mi hermana. Ajá. Luego no estés diciendo que no te avisé. Ajá. ¿Me estás escuchando? TÍRALE, TÍRALE... UFFF, ERES UN PENDEJO, AHÍ LA TENÍAS. Te estoy hablando, Sal. Te estoy escuchando, Yulie.

Sal se acerca a Yulie y le da un beso en la cabeza, alcanza a percibir el perfume que ella despide.

¿Ya va a acabar?, insiste ella. Apenas van 22 minutos, me lo acabas de preguntar, Yulie, llevas todo el partido preguntando si ya va acabar, lo preguntaste desde que comenzó el partido, siento que me quieres romper las pelotas, porque si estás viendo que el árbitro acaba de pitar el inicio es obvio que falta mucho para que el juego termine, ¿estamos de acuerdo?

Por fin entendiste que me caga el futbol, bendito dios. Al fin logré que me entendieras después de tres años, creo que era lo único que le faltaba a nuestra relación, que me escucharas. Me siento feliz, creo que te amo más. Yulie no quita los ojos de la revista. Sal, no deja de mirar el televisor.

No sé por qué las mujeres se sienten ofendidas cuando uno quiere ver un puto partido de futbol, no te estoy reemplazando, a un partido de futbol no te lo puedes coger, un partido de futbol no te dice “no te vengas nunca” o “quédate por siempre dentro de mí” o “eres un borracho”. Sal se ríe de forma burlona.

Ojalá un partido de futbol te diera la respuesta todos tus problemas existenciales. “Me siento atrapado en el trabajo” “no sé si debería intentar hacer lo que siempre he querido hacer”, “a veces creo que estoy cambiando”, Yulie lo dice con voz y muecas de niño llorón. “Quiero a mi mamá”, “no quiero madurar” “siento celos de tu jefe” “si yo fuera tú me engañaría con él” “bu, bu, ña, ña”. Te estás volviendo marica, chavo.

Yo nunca dije eso. Claro que lo dijiste, ¿o qué? vas a decir: “si no me acuerdo no pasó”.

Mis amigos tenían razón, debí quedarme con esa chica de la universidad, me enteré que tiene un buen trabajo, igual y hasta me hubiera mantenido.

Mi madre tenía, razón, me dijo que me quedará con mi jefe, que él si era un hombre.

Sal la mira, ella levanta la mirada, sus ojos chocan.

Mi mamá lo dijo, lo conoció, ¿quieres saber por qué?

Sal bebe la última gota del ron y pone el vaso en el buró, apaga lo que queda del cigarro en el cenicero y se levanta de la cama. Eres una perra, dice, y camina al baño.

Ella mira hacia la puerta y le viene esa sensación de arrepentimiento, de por qué dijo lo que dijo. Vuelve sus ojos a la revista pero ya no se puede concentrar, comienza a pasar una hoja tras otra.

Sal escucha al comentarista alebrestarse ante una jugada de peligro. Sale corriendo del baño y se planta frente a la televisión. Yulie finge no estar en el cuarto. Sí... UHHHH, Sí... GOOOOOOOOOOOOOOOOL, grita Sal.

Sal corre por toda la habitación y se acerca a Yulie, que continua con las nalgas al cielo, y le da una tremenda nalgada, 30% de la fuerza del golpe es por la excitación del gol, 70% por lo que ella le acaba de decir.

Yulie pega un brinco, la nalga enseguida se le ha puesto roja, tiene la piel del trasero más bien blanca ¡ERES UN PENDEJO, SALVADOR! Yulie siente el ardor y lo único que puede hacer es sumirse en la almohada y rogar que el dolor pase. Sal intenta

disculparse, nota que Yulie tiene lágrimas en los ojos, se siente terrible, sabe que se ha excedido en el golpe.

Perdón, perdón, perdón, no medí el golpe, estaba prendido por el gol. Perdóname Yulie, perdóname. ERES UN PENDEJO, UN IDIOTA. Sal se tira en la cama junto a ella y la abraza. Yulie intenta resistirse pero al final cede. Sal le soba la nalga mientras la mantiene junto a su cuerpo.

Así pasa un rato, Sal echa un ojo al trasero de Yulie y se da cuenta que le ha dejado la mano marcada. ¿Me perdonas?, pregunta Sal. Ella no responde, sigue sollozando. ¿Me perdonas?, vuelve a pedir. Ella asiente con la cabeza. Cuando Sal la toma entre sus brazos para estrecharla, ella le lanza un rodillazo imprevisto justo en las bolas. Sal lanza un aullido y se lleva las manos a su sexo, no tiene aire ni siquiera para hablar. Rueda y cae de la cama. Ella se levanta y se mete al baño. El clásico contragolpe.

### *Gol*

El gol es un orgasmo chiquito. El gol es el espíritu queriendo eyacular. El gol son unos tacos y un consomé un sábado por la mañana estando crudo. El gol es besar a la chica que te gusta machín. El gol es un buen faje. El gol es mirar al cielo y sentirse vivo. El gol es una fórmula para hacerse eterno. El gol es cagarte de la risa con la banda después de haber fumado mota. Es vida, es muerte. Terminar y continuar. Los goles son amores; pedacitos de victoria. Implica venganza.

El gol es el descubrimiento de una frase oculta dentro de un libro que te hace: o cerrar los ojos, apretar la quijada o simplemente cerrar el libro. El gol es una cerveza después de un día duro. Implica el olvido de los lastres del día a día y nos hace eternos por una milésima de segundo.

El gol es esperanza, infunde valor y coraje. Causa miedo y congoja. En el fútbol el balón es lo más importante, pero sin el gol no existiría, es como la conjunción entre el cuerpo y el alma, el equilibrio natural del universo. El sexo y el amor. El miedo y el valor. El yin y el yang.

“Uno no ama el sexo, ama la dopamina”, dice Chuck Pallaniuk. Sí, básicamente, pero si esa descarga de dopamina viene a través de una chica con bonitos pechos y una sonrisa encantadora, no tengo pedos.

El gol es la redención del hombre por el hombre. Hay de todo tipo, de churro, de revote, de fuera de lugar, de cabeza, de taco, de palomita, de penal, de fuera del área, de tiro directo, de tiro indirecto. Con la cara, con la mano, con la nalga, el pie, el hombro. También hay autogoles. También golazos.

Manuel Lapuente- *Sin embargo, no puede haber sorpresa porque ellos siguen manteniendo 4 atrás permanentemente y dos contenciones, y de ahí no se mueven\**

Juan se vio de pronto hipnotizado ante los toques del equipo mexicano. Nunca pensó que jugadores como aquellos pudieran dar un paseo a los italianos. Los oles crecían en la tribuna. Todo fue en cámara lenta. El pase de Cuauhtémoc al espacio. El movimiento de Jared. Y luego, como si Borgueti se levantara para dibujar las estrellas y hacer un remate inverosímil, tocó el balón para cambiar totalmente la dirección de la pelota y anotar. Juan gritó el gol de forma desaforada, en ese momento decidió ir por su presa, tenía 5 minutos que Julia acababa de llegar a su casa. La abrazó y le dio un beso en la boca como si no se diera cuenta de lo que estaba haciendo. Julia respondió al gesto mordiéndole levemente el labio. Al medio tiempo del partido ya estaban tirados en la cama de él y Juan se decía todo el tiempo: “¡Qué golazo vas meter Juanito, qué golazo!”.

Raúl Orvañanos- *Aquí viene Johan, la tiene Cuauhtémoc, Borgueti la pide allá arriba pero viene con el Cabrito. Se mueve Johan otra vez. Venga el Cabrito a ver si intenta el desborde. Lo está preparando, lo está preparando, lo está preparando. Sigue el Cabrito, sigue, sigue. Tiene a Johan, se la puede dar. Tiene también a Cuauhtémoc, vamos a ver cuál escoge, finalmente se la da a Cuauhtémoc. Cuauhtémoc toca para Torrado. Torrado la toca y la tiene Manolo Vidrio, buena finta. Gerardo Torrado; así es como tiene que manejar el balón el equipo mexicano. Y ahora lo tiene, lo controla y lo toca. Se mueve Braulio, aquí bien Morales, la espera Borgueti, Braulio tocando atrás para Cuauhtémoc. Se mueve Johan, se mueve Borgueti. Balón para Borgueti que cabecea así... GOOOOOOOOOOOOL, GOLAZO DE MÉXICO. BORGUETTI, ME PONGO DE PIE.*

*QUÉ GOL ACABA DE HACER JARED BORGUETTI. EXTRAORDINARIO, MANOLO  
LAPUENTE\**

El Piolo miraba fijamente la lámpara que su mamá había comprado en las antigüedades del tianguis de la Lagunilla. Abrió las manos e intentó sostenerse de Coni y Elías que estaban a su lado. De pronto gritó: NO MAMEN, SÍ ESTÁ TEMBLANDO, salió corriendo del departamento, bajo las escaleras, cruzó el patio, afuera en la calle se abrazó de un árbol. A lo mejor cuando le fumó al toquezote el Piolo pidió de deseo que temblara, dijo Carlos. Creo que sí está temblando, dijo Fernanda. Que nadie se mueva para ver si está temblando, dijo el Uñas. Yo creo que sí está temblando porque ya ando bien pacheco, dijo Randy. Andrea, que seguía abrazado con el Chais, dijo: sí está temblando ahorita van a parar el partido. Están jugando en Japón, dijo el Nariz. En Japón tiembla bien culero, argumentó el Trini. Sí es cierto, dijeron Anita y Clau. El Mora abrazó a Fernanda y le susurró al oído: si está temblando no te vayas a salir, deja que se vayan todo y nos clavamos al cuarto del Piolo, tiene mota y condones en una caja debajo de su cama. Fernanda le guiño un ojo. Es dios, dijo Elías, nos está castigando por ser unos adictos. Pinche banda paranoica, no está temblando, es que México metió gol, dijo Coni en medio de risas. Si es cierto, dijo uno. Agüevo, dijo otro. Entonces todos volvieron a gritar ¡GOOOL!; menos el Mora, que dijo en voz baja: Chale.

*Manuel Lapuente- Fue un dechado de virtud técnica con la cabeza del remate  
Borguetti\**

¿Qué dijo ese pendejo?, se pregunta Sal que está tirado en el piso. Un golpe en los testículos es un dolor sordo. El dolor le imposibilitaba gritar. Sal cierra los ojos y ruega para que todo pase. Se imagina a sí mismo tirado en la cancha del estadio Azteca, la tribuna enfurecida le grita al árbitro que no ha marcado ni falta, lo han casi matado y se ha hecho de la vista gorda. La grada grita: “HIJO DE PUTA, HIJO DE PUTA”. Con la mano derecha se tapa el pubis y con la izquierda golpea el piso. A los 5 minutos se levanta como un animal herido. Camina al baño y toca la puerta. Yulie, Yulie, dice, bien cabrón en los güevos, me pegaste y ahí tirado, de pendeja ahora sí me cae que te pasaste. La mía fue de amarilla, la tuya era roja directa.

\*Transcripción de la narración original del gol de México contra Italia en el mundial de Japón y Corea 2002, transmitido por Televisa.



## Genealogía de una familia pambolera

por *Chamaca del Demonio*

Me caga el fútbol. Me caga, y además no le entiendo, y me da hueva. Con decirles que una vez fui a ver a un partido del América al Estadio Azteca (tenía que llevar a mi hermana traumada, en ese entonces de 11 o 12 años) y me quedé jetona desde antes que empezara (bueno, lo acepto, no todo fue culpa del partido, también iba un poco cruda). A momentos me despertaba una que otra mentada de madre, pero cuando una lleva cierto tipo de vida, esas mentadas parecen casi arrullos.

Cuentan las historias de la familia que cuando era niña (hace tanto tiempo de eso que ni lo recuerdo), me puse varias camisetas futboleras por conveniencia... pura presión familiar. Una de esas camisetas fue la de las Chivas, y es que me traía beneficios decir que le iba a las Chivas cuando íbamos a casa de la bisabuela. Para empezar, porque ella no admitía a partidarios de otros equipos en su casa, a menos que estuvieran dispuestos a aguantar que una célebre y verde cotorra de la familia, les dijera lúcidamente: “¡Puto! ¡Puto! Le vas al América ¡Puto!”. La cotorra además albureaba y echaba singular carrilla a los seguidores de cualquier equipo que no fueran las Chivas. Naturalmente, era magistralmente entrenada por la gruesa voz de años de tabaco, de mi grandiosa, y para entonces ya diminuta, bisabuela Mamá Chuy.

También me caga el futbol por el efecto hipnótico-apendejador que tiene en las personas, familias, comunidades y naciones... Miles de millones de varos gastados en mundiales, copas, uniformes, jugadores de la mejor y peor calidad, algunos de los cuáles comienzan siendo muy buenos y después terminan corrompiéndose de tanto que les dan... Figuras mediáticas, graciosas, rasuradas y peinadas anunciando productos que nada tienen que ver con su rendimiento en el fútbol. Apendejador social, cortina de humo, lavado de dinero, sexo y drogas casi como en el rocanrol; y todo pagado por nuestros impuestos.... (Sigue soñando fanaticada mexicana, algún día “ganaremos” el mundial).

Y ya que andamos con los fanáticos y enajenados del fútbol, he decir que el fenómeno “fanatismo” algunas veces resulta hasta divertido (y otra veces da penita ajena, claro está). Como cuando los amantes de cierto equipo obligan (sí, *obligan*, porque nadie le pide opinión a las pobres criaturas) a portar los uniformes de sus equipos favoritos. He visto biberones, baberos, pañales y pañaleros en mis sobrinos pequeños; a uno de ellos le regalaron el uniforme completo del Cruz Azul el día de su bautizo. Pobres criaturas... yo casi pude haber sido una niña de esas (o tal vez lo fui), pero según yo, me salvé. Eso no quita que la genealogía pambolera de la que provengo siga dando y dando más fanátic@s del fútbol... Fíjese usted qué bonita familia.

Casi tod@s americanistas. Hasta mi abuelita lo fue un día, sólo que ahora ya es puma, así que ya pueden imaginarla en el Estadio de C.U. con su playera de puma rosa, brincando y cantando con su dulce voz de abuelita de los cuentos: “¡El que no brinque es puto, el que no brinque es puto!”, no vaya a ser, diría ella... Un@ que otr@ en mi familia (que es bastante grande, por cierto) le va al Atlante; hay quien le ha ido al Necaxa, al Atlas... pero si hay algo en esta chulada de familia, es americanismo.



Está, por ejemplo, la tía enamorada del “Cuau”; tengo a las hermanas pamboleras de futbol de campo (a una de ellas se le zafó la rodilla varias veces y no quería dejar de jugar; todo sea por el *fú-bol*). La mayor de ellas entra en trance emocional y religioso cuando está viendo el fútbol; su cara se transforma en los 90 minutos del partido; puede pasar, en cuestión de segundos, del silencio de estar concentrada en el partido al elegante grito de: “¡Pinche arbitro ciego, pendejo!”. A veces parece que reza, otras que va a llorar. Si su equipo va perdiendo lo mejor es no hablarle, no molestarla... se pone verdaderamente insoportable... igual que algunos primos, ha apostado chelas, cabelleras, playeras y dinero, una y otra vez, con una fe ciega en su equipo.

Otro ejemplar pambolero americanista es el de la tía a la que se le mete el chamuco cuando está viendo el fútbol; la voz se le transforma como si la estuvieran exorcizando



y grita cosas como: “¡Córrele pendejo! ¡Que te pesan los huevos o qué!” o “¡Gooooool, hijos de su puta madre! ¡A huevo! ¡Nos la pelan putos!” O qué tal cuando en pleno partido se mentaba la madre con el vecino del departamento de abajo; en cada tiro a gol, jugada o falta, la tía golpea el suelo con la silla en la ya conocida tonadita de la mentada. El vecino le responde pegando con el palo de la escoba en el techo... el saldo al terminar el partido, fue un par de huevos aventados en la puerta del vecino porque había ganado el Cruz Azul...

Estar en casa de la abuela mientras hay un partido de fútbol significa que dejarán todo lo que están haciendo para concentrarse en él. No importa si es una cena familiar, si van a pedir la mano de alguien, si hay una fiesta o un cumpleaños. Si hay bebés dormidos gritarán a todo lo alto y después se disculparán. De hecho sus gritos asustan no importa qué edad tengas. Se abrazarán y estarán al borde de las lágrimas y las risas si su equipo va ganando. Permanecerán atent@s al partido y en silencio si pasa lo contrario. Traerán puestas las playeras de su equipo y las besarán en algún momento del día, ganen o pierdan. Y si es un partido de México, tod@s portarán la respectiva playera, y si llegan a meter un gol, se escuchará desde una calle antes, un estruendoso, largo y uniforme: “Gooooooooooooooooool”.

Lo mejor de todo esto, es la chida familia... y lo peor, por supuesto, es que me caga el futbol.

*Yo soy, la Chamaca del Demonio*



El himno sincopado dejó en el aire una aureola apenas reconocible que inmediatamente se aplastó en el tronante saludo cordial de los capitanes.

El bigote sonreía plácido, aquellos 90 minutos se asemejaban al canto del aeda en los grandes palacios erigidos para la vanidad de los hijos de los dioses, mientras el pueblo se hinchaba en la guerra. El bigote aún sí sostenía los últimos acordes temblorosos que se quebraban en líneas rectas bajo la sombra acústica del sombrero, el emblema de su equipo.

Ya todos en sus lugares entre las altas tribunas agitadas y nerviosas, que se batían en el caldo vencido de una sopa servida con restos de primos, tías y abuelos, ignorando el motivo se entregaban a la carrera.

(Silbato)

—Hora de la comida —decía entre dientes una de ellas mirando hacia abajo. Sostenía su pecho que se desmenuzaba en las tiras de frío que le recorrían el cuerpo.

—¡Pero qué servicio! —alababa irónicamente otra. El humor impregnado inevitablemente de la penumbra predominante de la habitación era su nervio óptico por el cual podían compensar la realidad.

Un golpe seco sobre un portón de lata las repuso de pie una al lado de la otra, misma postura que aquellos del himno (ignorados o no también del caldo, pobres), pero con un retardo mínimo propio de la distancia, casi como un eco.

El vibrar del portón se extinguía en la premura de saludos consuetudinarios mientras ellos desfilaban acomodándose entre los barrotes herrumbrados a sus costados, en donde se batían las esperanzas con todas sus fuerzas con la misma voluntad que la flor bajo la helada inescrupulosa.

(Golpe seco)

La pelota sale despedida dibujando un arco en el cielo, el bigote no aparta los ojos de las 12 esferas. La ataja Luque y en un recule en 5 al holandés que se precipita hacia él se la encomienda a Marito, que baila el recule con la zurda al medio del corchete blanco al minuto 37.

El festejo es injusto, para las tribunas claro. Las cuerdas vocales se esfuerzan al máximo, cantan, levantan los acordes mustios y desfallecidos del himno sincopado y lo enarbolan en un grito blanco que asume todos los gritos. Y colma el estadio, se levanta sobre el cielo abierto como el grito de la montaña tras la explosión en las minas, se levanta el grito unánime como una humareda que se eleva y trasciende el diámetro. Como una víbora se contrae y espesa, se va almidonando sobre los techos de las casas contiguas, se esparce y extiende por las calles, viaja lenta y suspendida en un silencio cada vez más apremiante. Se filtra en la soledad de las casas entre los vidrios rotos. Lloro a los libros quemados, ¿Consuela? A los versos en forma de poemas escolares constreñidos, y a los sub-versos, aquellos que ni siquiera puede adoptar su propia forma.

Así, ya densa arrastrando todas las especias agrias y los amarillentos dientes de azufre, llega.

(Golpe seco)

Bajan la cabeza y se arremolinan unas contra otras. La masa densa ha penetrado en el cuerpo y su peso se debate con la ligereza ya del ser sin fuerzas, sumándose en la dialéctica esencial de la vida.

Ellas reconocen los gritos lejanos, la consecuencia del golpe dolorosamente certero que siempre llega, o siempre encuentra el camino para llegar ya por derecha, al centro de alma donde se desgarran los minutos de todos los tiempos y se efervescen los pretéritos.

El bigote sigue el viaje antes del golpe, no quita la mirada de la esfera ni de cualquier forma que apunte certera a donde golpea impiadosa -puede ser- una pelota (puede ser una bota).

El almuerzo son los restos de los pescados. Que se pudrían en la costa ya corroídos por el tiempo y las aves carroñeras, o los requechos de supermercados, las sobras de las casas de todos aquellos festejantes. Sólo han quedado las espinas con sabor a su antigua libre frescura. Ahí en el inicio de las cosas, en las primeras cosas que se han formado en el cuerpecito de ese pequeño ser que ha atravesado tantos mares, ahí se deposita el hambre ya en su olorosa muerte. En su más conspicua manifestación de la deformación en los inicios también del horror, del ultraje, del ser que tantas tierras ha caminado a lo largo de los siglos para sólo ser eso, los requechos de la humanidad en la náusea.

—PELOTA LAAAARGA —anuncia el narrador. Bertoni de nuevo le recula al prodigio y éste, famélico de gloria, ya enardecido se adelanta y corrige el rebote esta vez con apenas un roce de derecha y ya son a los 14 del segundo tiempo. Ya se siente el aroma a pólvora de las bombas de estruendo por las calles, ya se sienten los pechos animosos y recubiertos de un ebrioso júbilo, ya se sienten. Ya se anticipa lo seguro.

Y se acuestan de nuevo, dormidas en un sudor frío, sienten aún la baba calcinante, aún el ardor en la piel de la deformación, sienten el pudor de la vida y el ansía que le sigue a la reproducción en el ciclo de vida. Reproducción. En esa etapa preservarse. Reproducirse una misma desde su útero, los hombres desde su memoria reproducirse en ese útero.

El pasillo se llena de resbalosa placenta y ellos con sus botas parecen no resbalarse. Ellas gimen silenciosas el parto de cada día, a falta de pan. La sangre es de los hijos que se cuelan en el parto y se resbalan por el tobogán de saliva cósmica hacia los confines de la urbe, el mismo que luego los traerá de vuelta. La misma urbe que tal vez ahora está resbalando entre las alfombras de papel satinado.

El sol brilla, nunca ha sido tan diáfana su luz. Nunca se han visto las calles cubiertas de tanta claridad-pese a cualquier cosa. Se han revelado los rollos y expuestos en las plazas.

La gente emocionada llora y se permite secar sus lágrimas y llorarlas para la camiseta. Las calles se colman en festejo. Uno siempre enarbola tan bien las alegrías y las defiende con tanto orgullo, incluso las que no hemos logrado. Pero son alegrías, que va. Los recules descansan y se reservan exclusivamente para los bares, o las calles de Caminito. Ya las señoras se emocionan con el fervor de las pasiones de los jóvenes.

Ya se alza la copa sobre las cabezas, como la alza el cura durante la homilía con la sangre de Cristo. Así levantan la copa por sobre sus cabezas los ignorantes, aún bajo la más diáfana luz de Junio, con la sangre del pueblo.



Como cada cuatro años, se realiza una actividad que presume reunir lo mejor del futbol en una sana competencia, donde (al igual que las Olimpiadas) las naciones se enfrenten en armonía y paz, centrándose en la hermandad y sana convivencia de las personas y la alegría que produce el deporte, como si de una fiesta se tratara. Suena raro todo esto pero si estas en las vísperas de la celebración de dicho acontecimiento es lo “más lógico y obvio posible”. Lo preocupante de este asunto es que las personas lo creen como si fueran bondadosas y lo más grave del asunto es que lo repiten hasta el cansancio para que nos quede claro y lo peor es que lo creen.

Patria es futbol ya lo decía Camus, y a ese nivel de seriedad lo tomamos, que si algún jugador rechaza participar en la selección de su nación, es visto como un traidor y un egoísta. A ese nivel ha llegado que vemos a la selección como si fuera un deber militar al que todo jugador debe acudir en cuanto lo llamen. Algunos han usado la analogía de guerreros en un campo de batalla cuando se refieren a los jugadores dentro de la cancha, cosa que me suena ridícula, ya que en las guerras nadie finge dolor o una lesión.

La verdadera esencia de este deporte no consiste en ganar o perder, sino en la capacidad de hacer lo imposible y lo no ético por anotar y con eso humillar no solo al equipo contrario, sino a la afición que lo acompaña. Es por eso que la violencia en los estadios le da ese toque primordial al juego que en ningún otro deporte existe y esto se debe, a que el futbol es un deporte que se hizo tan popular por la controversia que genera, los grandes sucesos que han pasado a la historia del futbol han sido acciones antideportivas que hasta la fecha siguen causando revuelo y furor con el simple hecho de volverlas a recordar.

Antes en la antigüedad teníamos el circo romano con luchas a muerte, recreaciones de batallas navales, combates entre animales o entre personas y animales, además de

otros espectáculos sanguinarios y nada éticos, ahora tenemos espectáculos carentes de imaginación como el futbol. Cuánto hemos progresado. Y no es que quisiera que se vuelva a los combates de gladiadores (la verdad si), pero hay algo que nos diferencia de los romanos, que ahora somos hipócritas que condenan la violencia de dientes para afuera pero por dentro morimos de ganas de destrozarle el cráneo al de al lado con su banderín solo por tener una playera de un equipo diferente.

En México existen tres grandes pecados imperdonables: ser ateo, ser homosexual y no gustarte el futbol y más si es de liga mexicana. Y es que este último punto mucho se encrespa cuando les digo que tendría que ser idiota para apoyar a algún equipo de esta liga. Y no es que no me guste el futbol, pero a este deporte no hay que ni odiarlo ni adorarlo simplemente como si de una mujer se tratara; Sólo darle su justo valor.

